

Ateneo, de Africa, y, en suma, presidente hasta de los charcos, como lo es el presidente de los terremotos de Andalucía.

V

CÁNOVAS NOVELISTA

No recuerdo si en otro lugar de este folleto digo que no quiero hablar de Cánovas considerado como novelista. Pues si lo digo, me arrepiento, y hablo de *La Campana de Huesca*, aunque sea poco.

Y hablo, porque así como á San Pablo se le apareció Jesus en el camino de Damasco, á mi se me acaba de presentar, sin saber yo de dónde viene, un certificado del correo, que dentro guarda un elegante tomo con portada á dos tintas, publicado en 1886 por el impresor de la Real Casa M. G. Hernández; y en este tomo se da á luz, por cuarta vez, la crónica del siglo xii que Cánovas escribió con el citado título de *La Campana de Huesca*. Semejante aparición es sin duda providencial, y suscitada para que yo vuelva sobre mi propósito y no deje en el tintero al Cánovas cronista ó novelista.

No he de insistir mucho, sin embargo, en esta clase de habilidades de mi héroe, porque siendo

mi principal objeto pintarlo tal como es hoy, poco me puede servir esta *campana* (ó copa boca abajo, que diría la Academia), que se fundió allá en las remotas mocedades de D. Antonio; hace treinta y cinco años, cuando yo no había venido al mundo.

Si de Cánovas poeta hablé largo y tendido, fué porque D. Antonio es en esta materia reincidente; pero en cuanto novelista, tiene derecho á un eterno olvido, acompañado de un perdón generoso, puesto que no *lo ha vuelto á hacer*; no ha escrito más novelas en treinta y cinco años.

Sólo porque algunas pretensiones sobre el particular deja traslucir esto de publicar en 1886 nueva edición de su crónica, me resuelvo—amén del motivo sobrenatural de que ya dejo hecho mérito—á decir algo de esta novela histórica, que de seguro le parecerá á *La Epoca* una de las mejores de nuestro siglo...

¡Es el diablo este Sr. Cánovas! Siempre consecuente, como él dice. Si; hace treinta y cinco años imprimía *motu proprio* esos disparates tan suyos y que tanto carácter habian de dar á su estilo años adelante. Digo esto, porque cuando me disponía á comenzar la lectura de este precioso tomo por el principio, ó sea por el prólogo de *El Solitario*, el libro se me abre él solo por donde puede, y me encuentro con estas palabras en la pág. 357:

«Castana, que no había adivinado el propósito del almogábar, dió un grito de espanto al sentir el golpe del dardo á pocas pulgadas de su rostro.»

Al lector se le habrá ocurrido, como á mí, presumir que el tal Castana está herido, puesto que sintió el golpe á pocas pulgadas del rostro. Mejor sería, dirá el lector, que Cánovas nos explicase dónde había sentido el golpe del dardo Castana; pero, en fin, puesto que él lo sintió y fué á pocas pulgadas del rostro, sería en el cuello, en el pecho, ó por ahí cerca. Pues no, señores; Castana sintió el golpe del dardo... «en la puerta de la ventana.»

¡Ahí me las den todas! diría el Sr. Castana, sin duda.

Abro por otro lado, y leo: «Echaba rayos de fuego por los ojos.» Echaba rayos, diría cualquiera; pero Cánovas necesita añadir de fuego, para no confundirse con el vulgo.

*El Solitario*, con el cual me sucede, dicho en puridad, lo que á cierto ilustre literato le pasaba con *Dante*, *El Solitario* comienza su prólogo hablando de *Gualtero Scott*.

Eso es, Gualtero... ó que nos devuelvan á Gibraltar.

Y después cita á Villemain, que es, según él, el más encumbrado de los literatos de Francia.

Debo advertir á ustedes ahora que si quieren

hablar bien, no han de decir novela picaresca, sino picaril, y á lo pastoral, si gustan, pueden llamarlo de sentimiento lastimoso.

Pero santa gloria haya *El Solitario*, y vamos con el sobrino. Del cual dice el tío que por la lección y estudio que ha hecho de su idioma nativo, será indudablemente leído y aun estudiado sabrosamente por cuantos sean amantes de las galas del castellano.

¡Cristo Padre! — Y añade *El Solitario*, á guisa de epifonema: «Este es el solo, pero el más subido premio que de sus vigiliás puede esperar un hablista.»

No por molestar á un difunto, lo cual es imposible, sino para que se vea que á los hablistas no hay que imitarlos más que cuando hablan bien, me permito fijarme en el copiado parralillo. Si ese es el solo premio, no puede ser el más subido que puede esperar; si el hablista no puede esperar más que un premio, ese será el más y el menos subido; no cabe comparación cuando no hay más que un término. Lo que quiso decir *El Solitario* debe de ser, que aunque el hablista no puede esperar más que un solo premio, éste es más subido que otros premios que no puede esperar. Pero no lo dijo. Dejémosle definitivamente; bien; pero nótese que este hablista que tanto bombo da á su sobrino, en cuanto hablista también, no siempre habla como Dios

manda. Y mi epifonema es éste: que no basta llamar Gualtero Scott á Walter Scott, para escribir siempre lo que se quiere. Y vamos ya al sobrino.

El cual, á la página siguiente del bombo de su tío, y la primera que él escribe, ya comienza á disparatar.

«Capítulo 1.º En que se habla á manera de prólogo con el lector.» Ya estamos mal. ¿Qué quiere decir eso? ¿Que el autor se presenta á manera de prólogo á hablar con el lector? ¿Es el prólogo el autor mismo? No, de fijo, no. ¡Pues, Señor, decirlo á derechas!

Y comienza *La Campana*: «A orillas de la Iruela hallé esta crónica: en una de aquellas huertas de *suelo verde* y *pobladas* de árboles frutales, *cuyas* bardas y setos...»

Cualquier gacetillero mal intencionado preguntaría si las bardas y setos son de los árboles ó de la huerta. Pero dejando esto como pecado venial, y aun lo del *suelo verde*, que es un modo canovístico de decir, y lo de *pobladas*, epíteto cursi y ramplón en este caso, prosaico y casi casi administrativo, dejando todo eso, vamos á lo que no puede pasar. Un hablista tan recomendado por su tío, el hablista de los hablistas, debe saber (no digo debe de saber, Sr. Cánovas, sino debe saber), que la Gramática de la Academia, donde tanta influencia tiene D. Antonio, no per-

mite que se diga *cuyas* bardas y setos; porque *cuyas* es femenino, y los setos son masculinos, y el masculino, en tales casos, es el que prevalece. No es esto decir que deba decirse *cuyos* bardas y setos; pero, amigo, decirlo como se debe, ya que se es un hablista de tanta lección y de tanto estudio.

Y dice Cánovas, á renglón seguido:

«Y en verdad que es triste crónica para hallada en un lugar tan apacible.» Lo que quiso dar á entender, ya se sabe; pero lo que dice es, que la crónica es triste para hallada en un lugar apacible; de modo que si el lugar no tuviera esta condición *pacífica*, ya no sería tan triste la crónica.

Renglón inmediato: «Harto se ve que allí debieron vivir doña Inés y D. Ramiro.»

Debieron vivir, está mal, D. Antonio, según la Gramática que han hecho sus protegidos de usted.

Debieron vivir, quiere decir que tuvieron obligación de vivir allí, y ese no es el pensamiento de usted. Cánovas quiso decir que cree que allí vivieron—por tales ó cuáles indicios;—es decir, en castellano, que allí debieron *de* vivir...

¿Lo oye usted, santo varón?

De modo que yo no puedo continuar este examen gramatical, para el que necesito una página de comentarios por cada palabra de la novela canovística...

Si abriendo al azar el libro se encuentra en el medio un gazapo; si comenzando por el principio se encuentran media docena en tres renglones, ¿no es de presumir que la cosa abunda? Sí; yo lo juro, abunda. ¿No me quieren ustedes creer? Pues sigamos.

Pág. 2, á los cuatro renglones después de lo copiado:

«Con el disfraz de miradores ó azoteas cuidadosamente blanqueadas.» ¡Vuelta la burra al trigo! Miradores ó azoteas blanqueadas, es un dislate; hay que poner el adjetivo en la terminación masculina. Por lo visto el Sr. Cánovas tiene por sistema el desobedecer á la gramática de su incumbencia. Prescindamos de que los miradores sean lo mismo que las azoteas.

«La puerta Desircata está *allí*, arrimada á un gótico convento de monjas. *Allí* está también...» ¡qué manera de pintar! parece que también está uno viéndolo *allí* todo eso.

¡Y así pintaba Cánovas en su florida juventud, llena... de ciencias morales y políticas! ¡Oh, el poeta de lo contencioso!

«Las bizantinas columnas de San Pedro dan sombra aún al peregrino y piadoso recogimiento al penitente.»

La sombra de las columnas se parece algo á la sombra del pino; pero, aparte de esto, yo creo (salva venia) que á esas columnas, bizantinas y

todo, les sería igual dar sombra al penitente ó dársela al peregrino; y que también la darán con mucho gusto al peregrino, que á su vez puede hacer penitencia, ese recogimiento piadoso que dan al penitente. Si bien es verdad que el recogimiento no es cosa que se dé; y caso de que se diera, no lo darían las columnas, que sirven para otra cosa.

Pero ¿habrá leído *El Solitario* la novela de su sobrino?

Yo no lo sé; pero lo que si puedo asegurar es que yo... no pienso leerla. Doy por hecho que Cánovas, en esto de novelas históricas, es un Gualtero Scott, un Gustavo Freytag ó un Gustavo Flaubert. ¡Lástima que no sepa escribir!

He mirado aquí y allí descripciones, diálogos...

¡Válgame el señor San Pedro! No sería yo persona seria, ni siquiera leal, si insistiese en estudiar al jefe de los conservadores monárquicos en cuanto novelista.

Supongo que él mismo renegará hoy de su novela de *colegio*, de este cronicón donde no se ve más, por lo visto, que alardes de estilo rancio, de conocimientos históricos más ó menos fáciles de adquirir, y todos los defectos necesarios para demostrar que el autor no tiene ninguna de las cualidades que ha de reunir un artista.

Y si *La Época* ó cualquier otro heraldo dijere que hablo al sabor de la boca y sin fundamento, porque no he leído *La Campana*, doy por bueno que no la he leído, pues así lo he declarado modestamente más arriba, y repito que tengo por cierto que Cánovas es un novelista insigne, con una fantasía de oro y un estilo encantador...

Todo menos volver á *La Campana*.

En materia de *Campanas de Huesca*, he leído *Guerra sin cuartel*, de Ceferino Suárez Bravo, y á ella me atengo, y ya sé lo que es bueno. No me cogerán en otra. Déles la fama el premio solo, pero el más subido que merezcan, que yo no soy redentor, y á tanto precio como leer de cabo á rabo esos libros, no quiero convencer al mundo de lo poco poetas épicos que son estos trovadores trasnochados, cuyo eterno modelo será, pese á Cánovas, el barón de Campo Grande, D. Fulano Jove y Hevia, que en su tiempo, en pleno romanticismo, representaba charadas históricas en las tertulias de Oviedo, ora disfrazado de Mudarra, ora de Abderramán, ora de D. Gaiferos, tal vez de Melisendra.

Cánovas es también un soñador, ya lo sé, un soñador arqueológico... Pero mientras él sueña, los demás duermen.

Y ahora, si un crítico canovista quiere pulverizarme, ¿qué mejor ocasión que ésta? ¿Dónde

se habrá visto un Homeromatrix ó Canovasmatrix, que es igual, que ataca con furia un libro que no ha leído entero?

Y, sin embargo, miren ustedes, puede que tenga yo razón, hablando formalmente.

Tal vez *La Campana de Huesca* es cosa muy mala, háyala leído ó no *Clarín*, este misero pecador que no siempre se atreve á confesar en público sus pecados.

—  
No terminaré este capítulo sin decir que Castana, y no Castaña, como pueden creer los maliciosos, no es una perra, sino una de las heroínas de la novela, si no me engaño. ¡Castana! ¡Castana! ¡Vaya un nombre! ¡Tanto valdría llamarla Bosch y Fustegueras!

—  
Tampoco terminaré sin copiar este parrafito que leo por casualidad al ir á dejar el libro:

«Caballeros todos ellos, no hay que decirlo, valerosos en armas (?), ricos en hacienda, osados y ambiciosos á porfía, basta saber lo que eran para que se suponga.»

¿Conque basta saber lo que eran para que se suponga? Señor, en sabiéndolo, ya no hace falta suponerlo.

Pero ¡cal Cánovas no quiere decir eso; quiere decir: basta saber que eran todo eso para que

se suponga que eran... caballeros. Pero ¿qué idea tiene de las distancias el monstruo?

Mas tampoco quiero terminar (así dure esto mil años) sin copiar la situación culminante de la novela. Se trata de describir la horrorosa *Campana de Huesca*. Pues verán ustedes la descripción de Cánovas, y diganme si no se ha dejado atrás á Casado.

«La escasa luz de mediodía (no quiere decir que la luz de mediodía sea escasa, si bien es verdad que eso es lo que dice) que alumbraba aquella lóbrega habitación (subrayo las palabras que tienen más color ¡habitación! parece que se está viendo) puso *delante de los ojos* del rey y del conde un inesperado y horrorosísimo espectáculo. (Así se pinta, con superlativos regulares). *Ambos* (¡eterno!), *rey* y *conde* (sí, en eso estamos), *prorrumpieron en una exclamación terrible, no bien lo alcanzaron sus ojos.* (¿Quién es lo?) En derredor del garfio que colgaba del punto céntrico (¡ah *decadentista!*) de la bóveda, mirábanse cabezas recién cortadas, imitando en su colocación la figura de una campana.

«En lo interior de aquella extraña campana colgaba otra cabeza que *hacia como de* badajo, *la cual reconocieron los presentes* (que conmigo

firman) *por del* arzobispo Pedro de Luesia (álias badajo); las demás eran de Lizana, de Roldán, de Vidaura, de Gil de Atrosillo y *del resto* de los ricos-hombres rebeldes.»

¡Rayo de Dios! ¡Y eso se llama pintar con la pluma! ¿Quién no admira esa hermosa perspectiva del *resto* de los ricos-hombres rebeldes?

¿Y qué me dirán ustedes de las *demás cabezas*, que eran de Lizana, de Roldán, etc. etc.? ¿Y eran de ellos así, en montón, todas de todos, *pro indiviso*?

Pero dejémonos de repulgos de gramática, y vamos á soñar. Cierro los ojos y veo, como si estuvieran *ante mí*, notario de, etc.: una colocación, los presentes, una figura, un arzobispo á modo de badajo, un espectáculo, una habitación, Lizana, ambos, el punto céntrico... ¡Basta, basta! Tanta luz deslumbra.

Apaguemos.

## VI

### CÁNOVAS HISTORIADOR

Conviene comenzar este capítulo advirtiéndolo á los papanatas que no es lo mismo historiador que presidente de la Academia de la Historia. También Cheste preside la Academia de la Lengua y nó tiene lengua; quiero decir, que tiene

la lengua presa y habla un demonio de lemosín cultilatino, que recuerda aquella *atalogia* de los primeros cristianos. Pues volviendo á Cánovas, es preciso declarar que preside la Academia de la Historia, porque esto es un hecho; però historiador, lo que se llama historiador, no lo es. ¿Qué historia ha escrito hasta la fecha? Una, que le han alabado mucho algunos periódicos liberales con el santo fin de echársela en cara, porque en ella ataca, según ellos, lo que hoy venera, y contribuye á desacreditar lo que hoy tiene por santo, por inviolable. Pero de ese trabajo histórico, que es la *Historia de la decadencia*, como Cánovas dice, casi, ó sin casi, reniega hoy el autor mismo.

Declara en varios pasajes de sus obras que la tal Historia hoy no la escribiría como la escribió; que no conocía entonces los trabajos (casi todos de extranjeros, por cierto y por desgracia), que han permitido juzgar al cabo con relativa claridad y con justicia los complejos negocios de aquellos reinados, que han sido como lugar de cita para los duelos en que las pasiones de los partidos han luchado más encarnizadamente en el terreno de la historia. Se alaba, sí, de no haber seguido ciegamente á los que acogían sin examen, y sólo por mala voluntad á los reyes de la casa de Austria, cuentos y supercherías ya tradicionales; pero, en suma, estima en poco su

crítica de aquel tiempo, y la disculpa, no sólo por la insuficiencia de los datos, sino por los pocos años del autor. En efecto; Cánovas era joven cuando escribió esa historia. Pero, así como fuera injusticia tomársela en cuenta para examinar las dotes de historiador que actualmente puede poseer, sería gracia excesiva el proclamarle émulo de los Prescott y de los Irving por la historia... que no ha escrito todavía.

Aquello de la Decadencia no hace cuenta, admitido: cúmplase en esto la voluntad del autor; pero lo que es la historia que está por escribir, no puede hacer cuenta tampoco.

De modo que, en rigor, no hay tal historiador.

Sin embargo, si la vida ocupadísima y azarosa que lleva Cánovas hubiera sido otra, y le hubiera permitido consagrarse con la asiduidad y constancia que toda clase de vocación especial y verdadera exige, á sus estudios literarios, don Antonio probablemente hubiera llegado á ser un mediano erudito en materia histórica, de pura crónica española, eso sí, pero al fin, trabajador útil y recomendable: una de esas figuras de segundo término, que, si no aparecen en los grandes cuadros sintéticos de una literatura (porque basta en éstos presentar al gran escritor que aprovechó y reunió los documentos recogidos por otros en obra de genio y propiamente artis-

tica), deben figurar con favorable censura en todo trabajo minucioso que tenga por objeto recordar, no sólo á los maestros que dirigieron el edificio de la historia, sino también á los inteligentes y laboriosos obreros que fueron colocando piedra sobre piedra.

La afición de Cánovas que se puede tomar más en serio (fuera de su afición principal, que es la de mandar en todos nosotros), es esta de la historia española; no entendiéndose que sea él capaz de elevarse á las regiones del filósofo de la historia, ni á la del artista historiador, sino considerándole en su natural terreno de hombre capaz de escudriñar pormenores y poner en juego cierta sagacidad de palaciego mezclado de erudito, que no cabe negarle, y bastante malicia y experiencia de las tristes intrigas cortesanas y políticas para poder sacar lecciones de lo presente y penetrar y saber inducir en lo pasado. De todas suertes, y aun reduciéndose á esta historia, que no puede llamarse de escalera abajo, porque precisamente su teatro natural son los salones, los gabinetes y hasta las alcobas, Cánovas, para darnos libros que fueran expresión de sus estudios, fruto de sus vigiliass, siempre tropezaría con el grave inconveniente de no saber escribir.—¡Hombre! diría Toreno, si por casualidad leyese esto. ¡Que Cánovas no sabe escribir! Pero este muchacho deslenguado, ¿por

quién nos toma?—Calma, Sr. Jove, calma, respondería yo (confundiendo á Queipo de Llano con Campo Grande); es claro que Cánovas sabe escribir, lo que se llama escribir, y mejor que usted, mucho mejor, es claro. Pero aquí no se trata de escribir como quiera, sino de escribir bien, y eso es lo que Cánovas no sabe. El historiador que hoy quiera ser leído por alguien más que por los eruditos, que van á chuparle el jugo; el historiador que quiera vivir en sus obras, y no en las notas de otros historiadores que sean mejores escritores que él, necesita ser artista, tener la visión de la realidad pasada y el arte de reproducir con la pluma esa visión, merced á cualidades que en gran parte son semejantes á las del gran novelista psicólogo y sociólogo, y en otra parte análogas á las del filósofo de la historia, que á su vez necesita muchas cualidades del artista, especialmente del poeta épico, en el lato sentido de estas palabras. El Sr. Cánovas tiene una de las imaginaciones más pobres y prosaicas que se han conocido; es bastante discreto para no embarcarse, por lo común, en esas naves de metáforas cursis que suelen naufragar casi siempre; pero si esta discreción (que no siempre le acude) le libra del ridículo, no puede ocultar la pobreza del color, la ausencia de toda fantasía plástica. Si el señor Cánovas se mete en tropos de once varas habla

del viento huracanado... de las circunstancias; si describe, lo hace como en la famosa escena de *La Campana de Huesca* que dejo copiada; no sabe narrar con sencillez, con ese lenguaje que hace que se olviden las palabras y sus sonoridades por la cosa misma, por el objeto de la narración; lucha, armado de adjetivos y pronombres demostrativos, contra las embosecadas que le tiende la anfibología, por culpa de su endiablado afán de hipérbaton falso y de novedad culterana en palabrotas y giros; y, amigo, en estas condiciones, viendo al escritor sudar por conseguir expresar en castellano su pensamiento, sin lograrlo muchas veces, el lector no puede atender al fondo, no puede olvidar el barullo de las palabras; no parece que se lee, sino que se está oyendo leer, y entra en el alma y en el cuerpo la fatiga infalible de las lecturas públicas; pena el oyente por sí, por los efectos del narcótico musical, y pena por el lector, en quien supone mortal cansancio. Leyendo á Cánovas se está pensando sin querer en el Diccionario, en las partes indeclinables de la oración, en una porción de adverbios de modo y en el gran valor que pueden llegar á tener las conjunciones. Y después, si se cierra el libro, y se acuesta uno, y sueña, se ven flotar en la fantasía, no los personajes de la historia ni los parajes por donde han pasado, sino los pujos arcaicos y cas-

tizos de Cánovas, sus muletillas adverbiales, los *estos, aquellos, últimos, dichos, propios, etc.*, á que se agarra; conjunciones sueltas, y, en fin, una *Valpurgis* de palabras abstractas, un alearre de ripios en prosa, algo como la fiebre del hambre debe de ser en el delirio de un maestro de escuela; ensueños como el de un amigo mío, abogado y jurisconsulto, que soñó una vez, con gran remordimiento, ser autor del delito de estupro consumado en una virginal raíz cuadrada.—Y digo todo eso porque estos días, que tengo yo que manejar mucho los libros de Cánovas, sueño cosas así, y tengo náuseas al despertar; y todo lo atribuyo al estilo canovístico, que es una cosa *sui generis*, que debe de servir para hipnotizar, como el ponerle á uno el filo de una navaja barbera sobre las narices...

Quedamos en que Cánovas podría llegar á ser historiador, dadas tales y cuales condiciones; en que no lo es todavía, y en que de todas suertes no sería un historiador de primer orden, ni aun de segundo, sino de esos tan útiles como olvidados, que suministran documentos á los verdaderos artistas, hijos de Clío, los cuales son en rigor los verdaderos historiadores; porque, como dijo Cicerón perfectamente, si se entienden bien sus palabras: *Nihil est magis oratorium quam historia.*

VII

CÁNOVAS ORADOR

Diga lo que quiera el Sr. Cánovas, la oratoria más se parece á la arquitectura que á la escultura. Es, como aquélla, arte bello-útil. Y así como hay edificios que son útiles, pero no son bellos, ó no tienen más belleza que la que se les atribuye abstractamente al pensar en que son útiles, hay oradores que pueden ser útiles (y aun unas hormiguitas para su casa), pero que no son bellos.

Si á un orador que es artista, que produce belleza hablando, se le puede comparar con una catedral gótica, ó con el Partenon, ó con una formidable fortaleza ciclópea, según los géneros; á un orador como Cánovas se le puede y casi se le debe comparar, no con las Pirámides de Egipto, como decía en broma Hermsilla hablando de símiles disparatados, y como tal vez á D. Antonio le sabría bien; se le puede comparar, digo... con un gran almacén de harinas.

Que el Sr. Cánovas es orador, es indudable; que lo que dice nos suele importar mucho á

todos... porque á lo mejor nos va en ello la vida, ó por lo menos la tranquilidad y hasta el pan que ganamos con el sudor de nuestro rostro, también es evidente. Cuando D. Antonio vocifera desde el banco azul, por ejemplo, que va á ver cómo se las arregla para colgarnos á todos los que no pensamos como él, ¿quién se pára en pelillos retóricos, ni se detiene á considerar si Cánovas es ó no tan correcto como después aparece en el *Diario de Sesiones*? La oratoria de Cánovas no es cosa de *juego*, como él dice que es el arte; y cuando habla Cánovas, estamos todos con el agua al cuello. Y así como se ha dicho que en un naufragio los naufragos no son los que sienten bien el *sublime* (en cristiano lo sublime) del espectáculo, sino que de tal sublimidad sólo pueden disfrutar los que la ven desde lo seco, en tierra firme; y así como el soldado, envuelto en humo y en peligros inminentes, no aprecia el conjunto poético de la terrible batalla; los españoles, que siempre salimos con algo roto de los discursos *trascendentales* del gran conservador, no podemos contemplar tranquilamente ni disfrutar las bellezas de la elocuencia canovística. Esto por lo que toca á los españoles ilegales y sus afines; en cuanto á los canovistas, tampoco ven con la desinteresada contemplación del espectador en pura estética la arquitectónica grandeza de la oratoria del

amo; para éstos, para los conservadores, sirve la comparación apuntada: la del gran almacén de harinas. Así como la antigüedad clásica pintó á la elocuencia con una cadena de eslabones de oro saliendo de los labios, hoy se puede pintar la elocuencia oficial de Cánovas figurando al monstruo con una cadena de roscas de pan candeal pendiente de la boca. Si; la oratoria de Cánovas es eso: el bollo y el coscorrón; y ni los del coscorrón ni los del bollo podemos juzgarle como orador artístico. Sin contar con que no lo es.

Pero me apresuro á reconocer dos condiciones de la oratoria de Cánovas, que la hacen simpática hasta cierto punto.

Cánovas sabe que tiene poca imaginación (como no sea para inventar teorías políticas) y no pretende cultivar el estilo asiático ni el florido, y llama al pan pan y al vino vino, y hace bien. Tiene bastante orgullo (aquí oportuno) para no querer segundos papeles, imitaciones cursis, y deja el arte divino de la elocuencia á los pocos, poquísimos privilegiados á quien Dios llamó por ese camino. Él recaba su derecho de decir lo que quiere y de saber lo que dice; y como lo que dice suele ser importante, por ser él quien es, sus discursos tienen muchas veces interés de actualidad y grande. Además, él, como político de los que se usan, de ambición bien puesta, de pasión de partido, de energía de jefe,

de intriga parlamentaria hábil, vale, ya lo creo, y sus discursos reflejan este valor. Importan los discursos de este hombre por lo que tiene que decir, no por el modo de decirlo. Aun en la forma hay á veces calor, naturalidad, y no dejan de salirle de cuando en cuando de la trabajada mollera párrafos bien contruidos y hasta sonoros. Por lo general es incorrecto, sobre todo en la construcción; tiene los defectos que trae consigo la escasa fantasía; describe mal, con torpeza de lengua y vaguedad de dibujo; abusa sin conciencia de los *ripios* parlamentarios, de las fórmulas y muletillas corrientes; no teme la tautología, ni la repetición, ni la vana sinonimia (que no es lo mismo que la tautología), ni acierta con la precisión, ni aspira á la concisión; esa concisión que no es más que el premio de la imagen exacta, de la lógica clara, del pensamiento seguro, del dominio del idioma; concisión que es muy otra cosa que la pobreza y la frialdad, aunque muchos con ellas la confunden.

Otra cualidad buena, simpática, de la oratoria de nuestro hombre, es que se *le ve trabajar*, se le ve *sudar* el discurso. Cuando no se es el gran artista de la palabra, para el cual un discurso es la obra maestra que le hace inmortal; cuando se habla sin pretensiones de dejar á la historia de las letras patrias piezas oratorias que sirvan de modelo; cuando se habla sin pensar más que en

el motivo utilitario inmediato, es preferible que al orador se le vea ir formando conciencia de las ideas y de su adecuada expresión, según van pasando de los limbos oscuros del alma á la voz y al gesto. Un orador de papel continuo, que habla como por resorte, que es *facilísimo, abundantísimo*, es una maravilla digna de admiración, como las de los prestidigitadores; es un producto sorprendente de la mecánica más complicada y perfecta, digna obra de un Juanelo ó de un Edisson, según el motor...; pero no es un hombre. Cánovas no es así. Su palabra no es fácil, á veces se le rebela; pero dado el género de su oratoria, nada de eso le perjudica. Casi parecería mal que un hombre que está inventando en aquel momento modos de echarnos á todos á perder, de acuerdo con la última palabra de la ciencia, los inventase de corrido, sin necesidad de pararse á pensarlos un poco.

Para no ser un orador como Castelar, vale más hablar como Cánovas... salvando las incorrecciones señaladas y otras. — ¿Cánovas incorrecto? preguntarán los que le leen y no le oyen. Sí; bastante incorrecto y á veces premioso; cualquiera que haya asistido al Congreso durante algún tiempo, podrá dar razón. Una cosa es el discurso de Cánovas escrito, y otra el mismo discurso cuando él lo está diciendo. Pero así y todo, no es lo peor de Cánovas su oratoria, y yo

le prefiero á esos ruiñeños desplumados, de jaula, que creen ser elocuentes porque se les ocurren muchas metáforas cursis y manoseadas, en poco tiempo.

Leídos, los discursos de Cánovas podrán enseñar la hilaza del sofisma, la arbitrariedad del carácter y del juicio; pero no son ridículos, como los de esos tenores de zarzuela que suelen ocupar nuestra tribuna con párrafos de un lirismo fútil, trasnochado, que leído parece poesía de *La Moda Elegante*. Aquí se llama buenos oradores á muchos porque saben recitar, sin cortarse, prosa almibarada y relamida, insustancial y vulgar, que en letras de molde nadie resistiría.

No es este folleto lugar á propósito para penetrar más ni en los defectos ni en las cualidades recomendables de la oratoria de Cánovas; es orador *utilitario* ante todo, orador político y meramente político, y sin entrar en sus constituciones internas, y sus palos de ciego, y su romanticismo arqueológico-monárquico, no se puede examinar sus discursos, á no ser en una abstracción soporífera, vaga, insuficiente. Y lo que es de la política de Cánovas, yo no tengo que decir más que lo siguiente:

VIII

CÁNOVAS POLÍTICO

*Otero.*

—

*Oliva.*

IX

CÁNOVAS PACIFICADOR

Cuando manda Sagasta, surgen los motines.  
Cuando manda Cánovas, surgen los regicidas.  
A Sagasta le silban las *Instituciones*.

A Cánovas se las quieren matar; y ellas se le mueren.

X

CÁNOVAS PROLOGUISTA

Así como D. Hermógenes era de oficio y ante todo opositor á cátedras, Cánovas es por esencia y potencia autor de prólogos. Unos han nacido poetas, otros bizcos, otros oradores; Cánovas nació, y morirá, prologuista. Es un prologuista

lírico, *eminente*mente *subjetivo* y á la manera que Goethe se pinta á sí propio en sus obras, y cuando está hablando de Guillermo Meister, ó de Werther, ó de Tasso, en cierto modo habla de sí mismo, ni más ni menos que á sí propio se escucha el autor insigne de las Cartas de Jácome Ortiz, y, según entre nosotros D. Juan Fresco es vivo retrato de D. Juan Valera, digo que así, ó por el estilo, se manifiesta Cánovas en sus prólogos; es decir, en los prólogos de los libros ajenos.

De esta suerte va siempre ganando. Si él escribe un libro, le pone un prólogo su tío *El Solitario*, que alaba al sobrino; si se trata de libros ajenos, Cánovas les escribe el prólogo... alabando también al sobrino de su tío. Si; siempre gana él.

En España, este país de la *fera independencia*, que no consiente señores extranjeros, pero que se achica y hace un ovillo ante los tiranos nacionales; en España no se hace ya nada que sea ó pretenda ser *monumental* que no lleve un prólogo de Cánovas. He llegado á creer que si la Biblioteca de Recoletos tarda tanto en ser construída, es porque se está esperando á que Cánovas le escriba un prólogo.

No me extrañaría saber que en unas excavaciones allá en la China se había encontrado una hermosa edición *princeps* del *Chou-King*... con